

Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 5 – 8 de abril de 2015

Unamuno, Ortega y Jose Antonio (Tres concepciones de España)

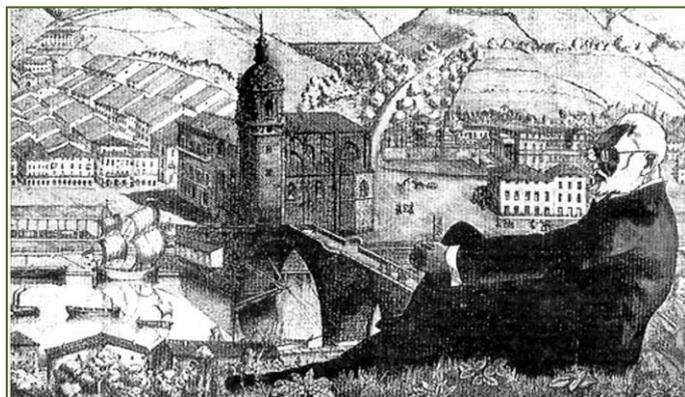
Eduardo Adsuara

Médico, humanista (1928-2000)

2ue Unamuno, Ortega y José Antonio son tres figuras egregias de nuestra vida española es cosa que nadie (limpio de alma y con mirada atenta) se atreverá a negar. Que Unamuno, Ortega y José Antonio son, además, las tres fisuras claves de nuestra Historia reciente es afirmación ya más grave, que necesita ser demostrada. Esto es lo que ahora yo quisiera poder demostrar aquí. Y –para ello– me será preciso situar a los tres, en el contexto riguroso de su tiempo; en lo que constituye el ámbito exacto de su propia significación generacional.

Tres generaciones

Desde que se acuñó la expresión «Generación del 98», es habitual hablar (y así lo hace Pedro Laín Entralgo en su libro *España como problema*) de tres generaciones: la de «los hombres del 98», la de «los hijos del 98» y la de «los nietos del 98». No voy a entrar ahora en la discusión y crítica del método generacional (perfectamente estudiado por Julián Marías en su libro *El método histórico de las generaciones*). Sí voy, en cambio, a señalar mis discrepancias sobre la duración de las etapas generacionales.



Miguel de Unamuno. Dibujo de Pisarrío

Parte Ortega –como es sabido– de la edad de los 60 años, como cifra estimativa de la creatividad humana: de los 0 a los 30 años, el hombre cumple un periodo de «crecimiento»; de los 30 a los 60 años, en cambio, el hombre cumple un periodo de «desarrollo». Puede decirse, por tanto, que sobre los 30 años el hombre se encuentra en el cenit de su actividad creadora. Esta cifra de 30 años es una cifra clave («ritmo biológico paternidad-filiación», escribe Marías) para entender la duración media de la fase plenamente activa del hombre.

Ahora bien –concluye Marías–: «basta ver que esos 30 años de actuación se dividen en dos fases dinámicamente opuestas con funciones que se engranan polémicamente (gestación y gestión, lucha por el poder y ejercicio del mismo), para caer en la cuenta de que la «vigencia» de una generación sólo dura la mitad del plazo de su actuación histórica total».

Es así como surge la cifra de los 15 años para establecer la serie de las generaciones. Cada 15 años –dirá Ortega y explicará Marías– aparece una nueva generación, una nueva «oleada» de hombres que aportan un modo nuevo y personal de comprender el mundo. El problema estriba en saber a partir de qué fecha

concreta hemos de empezar a contarlas. Hay que buscar una «generación decisiva» y –en ella– la fecha en que su máximo protagonista o «epónimo» cumplió los 30 años.

También yo acepto –como Ortega– la edad de los 60 años; pero (en contra suya), rechazo esas cuatro fases de 15 años, que son la base de su criterio generacional. Para mí –y así lo explico en mi ensayo *La crisis del año 1980*– la vida activa del hombre se divide en tres períodos: de los 0 a los 20 años (etapa de la vida individual); de los 20 a los 40 años (etapa de la vida social); y de los 40 a los 60 años (etapa de la vida personal). Las generaciones, pues, aparecerán cada 20 años, no cada 15. Esta es mi hipótesis. Y con ella habrá que ir a la realidad histórica, para confirmarla y fijarla definitivamente.

Eso es lo que –desde hace mucho tiempo– he venido estudiando sobre la realidad de la propia Historia de España. Y me he encontrado, en efecto, que (aplicando el módulo de los 20 años) la Historia de España aparece –desde los Reyes Católicos a nuestros días– como un acabadísimo ejemplo y una exactísima comprobación de mi propia teoría.

Puedo afirmar (y no es éste el momento de explicarlo) que así como la «generación del 1520» es la primera generación del Imperio, así la «generación del 1900» es la última generación del Imperio. A esta «generación del 1900» es a la que se llama la «generación de los hombres del 98»; a la «generación del 1920» es a la que se llama la «generación de los hijos del 98»; y a la «generación del 1940» es a la que se llama la «generación de los nietos del 98».

Pero no basta con hablar de «generaciones». Cada generación de 20 años tiene tres «grupos» distintos. Hay un primer grupo (el de los «seniores») que enlaza con la generación precedente; hay un segundo grupo (el de los «juniores») que enlaza con la generación subsiguiente; pero hay un tercer grupo, que constituye el núcleo central de la generación, que la define y califica: es el grupo que yo llamo el de los «meliores».

Pues bien: si cada generación, como ya he dicho, abarca una etapa de 20 años, los «seniores» ocupan los 5 años primeros; los «juniores», los últimos 5 años; y los «meliores», los 10 años centrales de cada etapa generacional. Y, ahora, vengamos al caso de estas tres generaciones.



Ortega, de pie a la derecha, con Unamuno y Dalí sentados.

La «generación del 1900» o «generación de los hombres del 98» es la generación de los nacidos entre 1860 y 1880. Dentro de ella, los «seniores» habrán nacido entre 1860 y 1865; los «meliores», entre 1865 y 1875; y los «juniores», entre 1875 y 1880. Miguel de Unamuno y Jugo nace en el año 1864: pertenece, por tanto, al grupo de los «seniores» de la «generación del 1900» o «generación de los hombres del 98».

La «generación del 1920» o «generación de los hijos del 98» es la generación de los nacidos entre 1880 y 1900. Dentro de ella, los «seniores» habrán nacido entre 1880 y 1885; los «meliores», entre 1885 y 1895;

y los «juniores», entre 1895 y 1900. José Ortega y Gasset nace en el año 1883: pertenece, por tanto, al grupo de los «seniores» de la «generación del 1920» o «generación de los hijos del 98».

La «generación del 1940» o «generación de los nietos del 98» es la generación de los nacidos entre 1900 y 1920. Dentro de ella, los «seniores» habrán nacido entre 1900 y 1905; los «meliores», entre 1905 y 1915; y los «juniores», entre 1915 y 1920. José Antonio Primo de Rivera nace en el año 1903: pertenece, por tanto, al grupo de los «seniores» de la «generación del 1940» o «generación de los nietos del 98».

He aquí cómo (exactamente cada 20 años: 1864, 1883 y 1903) Unamuno, Ortega y José Antonio son –cada uno en su generación– tres «seniores»; es decir: tres precursores o anticipadores del espíritu de su propio tiempo. En definitiva, tres creadores de un modo nuevo y distinto de comprender el mundo: tres actitudes de comprender a España.

Tres actitudes

¿Cómo definiríamos a estos tres modos distintos de comprender la realidad española? Toda realidad es siempre una dificultad para el Hombre.

Pero hay tres tipos distintos de dificultad: el «poema», el «problema» y el «misterio». Dice Gabriel Marcel: «poema es dificultad dentro de nosotros», «problema es dificultad frente a nosotros» y «misterio es dificultad sobre nosotros». Unamuno es la actitud del «poema»; Ortega es la actitud del «problema»; y José Antonio es la actitud del «misterio».

Toda la obra de Unamuno es el magnífico esfuerzo de comprender a España bajo especie de «poema», de «dificultad dentro de nosotros». En el año 1900 publica su ensayo *¡Adentro!*, que viene a ser como el lema de toda su vida: meterse «dentro» de España –en su más profunda y radical «intrahistoria»– para «sentirla» en su más pura y escueta «individualidad». Unamuno es el «patos» de España: su sangre, su dureza, su pensamiento curvo y sonoro. De ahí su «sentimiento trágico» de la vida.

Toda la obra de Ortega, en cambio, es el magnífico esfuerzo de comprender a España bajo especie de «problema», de «dificultad frente a nosotros». Ortega no aspira tanto a sentir a España, cuanto a «entenderla». «Dios mío –se preguntará en las *Meditaciones del Quijote*– ¿qué es España?». Si para «sentir a España» es preciso (como Unamuno) meterse «dentro», para «entender a España» hay que ponerse «frente». A Ortega le importa sobre todo, la «socialidad» española. Ortega es el «logos» de



José Antonio Primo de Rivera reunido con sus colaboradores y militantes de Falange en un acto preparatorio de las elecciones

España: su idea, su claridad, su pensamiento recto y luminoso. De ahí, también, su radical «entendimiento cómico» de la vida: la vida como comedia.

Toda la obra de José Antonio es, por último, el magnífico esfuerzo de comprender a España bajo especie de «misterio», de «dificultad sobre nosotros». Pero todo «misterio» lleva en sí, implícitos, el «poema» y el «problema», la dureza y la claridad, el sentimiento y el entendimiento, el «patos» y el «logos», lo «individual» y lo «social», la gaita y la lira.

Si el «¡Dentro España!» unamuniano es la concepción de «España como poema» (como «dificultad dentro de nosotros») y el «¡Frente España!» orteguiano es la concepción de «España como problema» (como «dificultad frente a nosotros»), el «¡Arriba España!» joseantoniano es la concepción de «España como misterio» (como «dificultad sobre nosotros»).

En esta triple concepción está diseñada toda la Historia dramática de nuestro pueblo. Las «dos Españas» de Antonio Machado tienen sus máximos exponentes intelectuales en Unamuno y Ortega.

Unamuno es el representante de la España individual, cálida, oscura, intuitiva, pática y africana; Ortega, en cambio, es el representante de la España social fría, clara, razonadora, lógica y europea. En Unamuno y Ortega se resumen –por vía de ejemplar modelo– las dos medias Españas de toda nuestra Historia.

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios:
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

José Antonio pretende asumir esas dos medias Españas en una sola y definitiva España. José Antonio quiere recoger –y recoge– toda la claridad y todo el rigor orteguiano; pero quiere, también, recoger –y recoge– toda la dureza y toda la pasión unamuniana. Pero no en una simple y percedera mezcla y unión; sino en una eterna y radical unidad.

Tanto en Unamuno, como en Ortega y José Antonio hay un profundísimo y esencial humanismo; una permanente y vigorosa defensa del Hombre. Pero son tres humanismos distintos: tres modos diferentes de comprender la realidad humana. A Unamuno lo que le importa, sobre todo, es la exaltación del «hombre como individuo», como «ser natural». A Ortega, en cambio, lo que le importa, sobre todo, es la exaltación del «hombre como socio», como «ser histórico». A José Antonio, en fin, lo que le importa, sobre todo, es la exaltación del «hombre como persona», como «ser sobre-natural y sobre-histórico».

Y otro tanto sucede cuando hablamos de sus respectivas religiosidades. La religiosidad unamuniana es una religiosidad individual y ascética (no se olvide que toda «asc-éti-ca» es una ética que tiene detrás el «patos» de la dureza y de la sangre). La religiosidad orteguiana, por el contrario, es una religiosidad social y estética (no se olvide que toda «est-ética» es una ética que tiene detrás el «logos» de la claridad y de la idea). Si Ortega pudo escribir su *Dios a la vista* (y la «vista» es el sentido de la razón y el pensamiento griego), Unamuno, en cambio, pudo haber escrito un posible «Dios al oído» (ya que el «oído» es el sentido de la fe y el pensamiento judío). Lo dijo San Pablo, cuando afirmó: «*fides ex auditu*» –«la fe, por el oído»–; como pudo haber afirmado también: «*ratio ex visu*» –«la razón, por la vista»–.

Si aceptamos (y me parece acertadísima) la tesis de José Luis López Aranguren en su libro *Catolicismo y Protestantismo, como formas de existencia*, yo diría que el «talante» religioso de Unamuno es un talante eminentemente «protestante» e individual. Su cristianismo está básicamente en la línea del cristianismo de San Pedro, de San Agustín y de Lutero: cristianismo de corazón, de sentimiento; cristianismo judío y «pático». En cambio, el «talante» religioso de Ortega es un talante radicalmente «católico» y social. Su cristianismo está más en la línea del cristianismo de San Pablo, de Santo Tomás y de Ignacio de Loyola: cristianismo de cabeza, de entendimiento; cristianismo griego y «lógico».

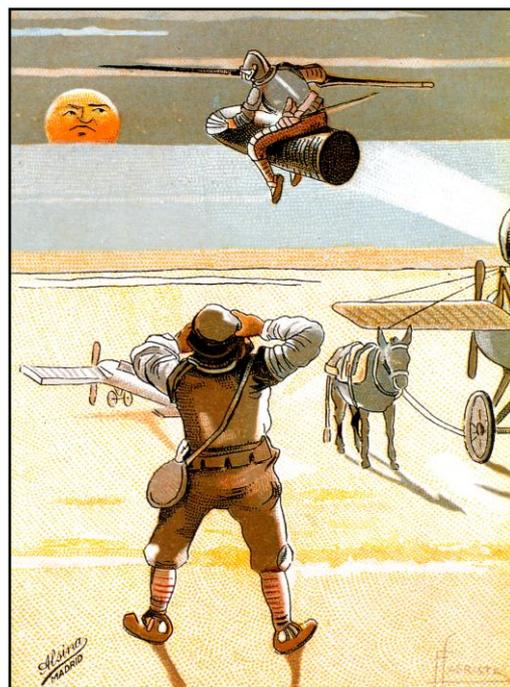
Acción y pensamiento

Tarjeta postal con nueva aventura de Don Quijote. F. Sagrista. Hacia 1916 Dijo José Antonio que la «acción sin pensamiento es pura barbarie y el pensamiento sin acción es pura entelequia». Pero lo que no dijo es que hay dos tipos de pensamiento: el mágico-poético (que nace del corazón, de la intuición y del «patos») y el científico-matemático (que nace de la cabeza, de la razón y del «logos»).

Unamuno pretendió lanzarse a la acción desde el pensamiento mágico-poético de España. Su *Vida de D. Quijote y Sancho* (especialmente su «Prólogo») es una ardorosa invitación a la reconquista del sepulcro, en el que yace el cuerpo molido de la Patria. Ortega, en cambio, pretende lanzarse a la acción desde el pensamiento científico-matemático de España. Su *España invertebrada* es una razonada invitación para entender la agonía y la muerte de la Patria.

Nadie puede poner en duda la magnífica, la ejemplar españolía y el acendrado patriotismo de estos dos extraordinarios pensadores nuestros. Pero son dos modos distintos y diferentes: el modo unamuniano es el modo caliente del corazón; el modo orteguiano es el modo claro de la cabeza.

José Antonio pretendió lanzarse a la acción desde los dos pensamientos a un tiempo: desde el mágico-poético y desde el científico-matemático. Si escribió su *Homenaje y reproche a Don José Ortega y Gasset* fue porque elogiaba su permanente lección de claridad y rigor (a la que siempre fue fiel) y porque reprochaba su falta de fe y entusiasmo en los destinos de España. También pudo haber escrito un posible «Homenaje y reproche a Don Miguel de Unamuno», elogiando su permanente lección de fe y entusiasmo (a la que siempre fue fiel) y reprochando su falta de claridad y rigor en los problemas de



Tarjeta postal con nueva aventura de Don Quijote. F. Sagrista. Hacia 1916

España.

Es verdad que –para José Antonio– la poesía es básica y fundamental. Por eso dijo que «la Falange es un movimiento poético» y que «a los pueblos no los han movido nunca más que los poetas». Pero también es verdad que nos previno contra el sutil y engañoso intento de plantar «nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras». Y nos dijo: «tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta». ¿Pudo Ortega darnos un consejo mejor y más rotundo?

Pero si esta pretensión joseantoniana de «dureza y claridad», de «unamunismo y orteguismo», de «poesía y matemática» es absoluta y definitiva en toda su vida y su obra, ¿puede decirse otro tanto de la actitud de los falangistas? Pienso que no.

Pienso que los falangistas (a partir de la síntesis total joseantoniana) han dado más importancia a la dureza que a la claridad, a Unamuno que a Ortega, a la poesía que a la matemática. La «España como misterio» de José Antonio (España como mixtura, como mestizaje) se ha convertido en la «España como poema» de Unamuno, en detrimento de la «España como problema» de Ortega. El «¡Arriba España!» de José Antonio está hoy más cerca del «¡Dentro España!» de Unamuno, que del «¡Frente España!» de Ortega.

Es necesario –en estos momentos de nuestra vida española: momentos de radical oscuridad y tragedia– que volvamos a los orígenes «místicos», mixtos y mestizos del más profundo y radical pensamiento joseantoniano. Es necesario que (sin abandonar la dureza) pongamos más claridad en nuestra acción; es necesario que (sin abandonar la poesía) pongamos más matemática en nuestro pensamiento: es necesario que (sin abandonar la ascética) pongamos más estética en nuestra conducta: es necesario que (sin abandonar el «patos» y la simpatía) pongamos más «logos» y diálogo en nuestra convivencia; es necesario, en fin, que (sin abandonar a Unamuno) reconquistemos a Ortega.



Cuatro Falangistas, Miguel Fleta, Víctor de la Serna, Antonio de Obregón y Salvador Díaz Ferrer, llevan el féretro con los restos de Unamuno por las calles de Salamanca

Cuatro falangistas con camisa azul llevaron sobre sus hombros el féretro de Don Miguel de Unamuno. Estoy absolutamente seguro que José Antonio hubiera deseado que, también, cuatro falangistas con

camisa azul hubieran llevado sobre sus hombros el féretro de Don José Ortega y Gasset. Porque ambos constituyen las dos vertientes, los dos grandes y esenciales pilares de lo que la Falange debió haber sido.

He aquí –en mi opinión– lo que debe significar un doble homenaje a Unamuno y Ortega. Doble homenaje que es –y debe ser–, al mismo tiempo, una doble fidelidad y una doble exigencia. No comprenderlo así, es no comprender –en absoluto– lo que José Antonio representa en la Historia de España: auténtica síntesis y plenitud de una sola y definitiva España.

Preso José Antonio en Alicante, escribió Unamuno a su amigo Lisandro de la Torre insigne intelectual argentino:

«Apenas si se sabe nada de su suerte. Imagínese mi zozobra Ahora que nos da por arrasar la inteligencia, no es lícito que aguardemos con demasiado optimismo lo que la contienda pueda depararle. Lo he observado con atención y puedo asegurar que se trata de un cerebro privilegiado. Tal vez el más prometedor de la Europa contemporánea».

Lo que le deparó la contienda, bien lo sabemos todos. A José Antonio –en contra de lo que escribiera

Machado– no le heló el corazón «una de las dos Españas»; sino las dos, al mismo tiempo: la España rota y partida de su «patos» y su «logos», de su africanidad y su europeidad. Pero José Antonio no se apuntó a ninguna de esas dos medias Españas. Quiso hacer su vida

entre una España que muere
y otra España que bosteza.

No lo consiguió. Su muerte, sin embargo, debe ser para todos los españoles como la cifra y la clave de una constante exigencia: una España dura y clara, múltiple en la diversidad de sus regiones y firme en la unidad de la Patria; una España, en suma, síntesis de Oriente y Occidente, de Unamuno y Ortega, de África y Europa.

Esa España mixta y mestiza es la que hoy (en esta «noche oscura del alma», como diría San Juan de la Cruz) empieza a resurgir. En ella creemos y por ella nos esforzamos. En esa España mixta y mestiza «empieza a amanecer». De ella –y no, de ninguna de las otras dos medias Españas– es el futuro de nuestros pueblos hispánicos. Terminaba José Antonio su Discurso Fundacional con estas palabras: «Que sigan los demás con sus festines. Nosotros fuera, en vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas».

Que esta «alegría» sea, al mismo tiempo, pasión del corazón y razón de la cabeza. Esa es la definitiva lección intelectual de José Antonio.

Tomado de *Altar Mayor*

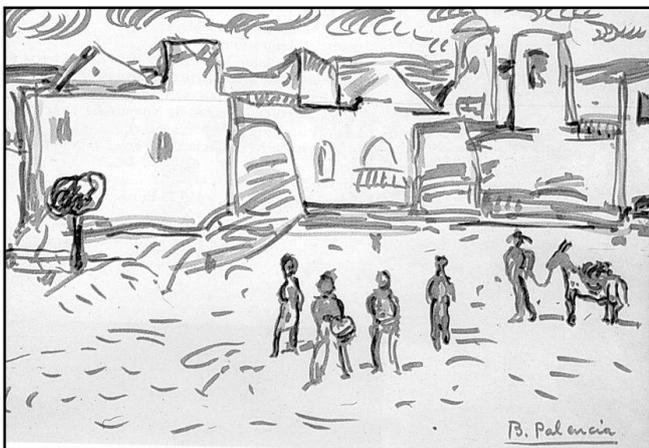
La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de socios y amigos. Por ello te invitamos a colaborar en nuestras modestas finanzas. Pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Reafirmación de una actualidad

Manuel Parra Celaya

Mis erráticas preferencias como lector de prensa me llevan bastantes domingos a las páginas de ABC; la causa no hay que buscarla ciertamente en mis tendencias dinásticas ni en propensión alguna a lo conservador por sistema, sino en la búsqueda de plumas de rigor intelectual, sean coincidentes o no con mis opiniones.



«Pueblo de la Mancha». Benjamín Palencia

Del pasado domingo, 29 de marzo, entresaco dos encuentros dotados de ese rigor: la *tercera* de su director, Bieto Rubido («*La baja autoestima de España*») y la entrega de «*Domingos en historia: en busca de una idea de España*», de Fernando García de Cortázar, titulada «*José Antonio: el fervoroso afán de España*».

Sobre el primer texto –cuyo contenido suscribo en un alto porcentaje– diré que, junto a su acierto en la denuncia, ya puesta en verso por el poeta Bartrina hace casi dos siglos (*Oyendo hablar a un hombre fácil es / acertar dónde vio la luz del sol; / si os alaba a Inglaterra, será inglés; si os habla mal*

de Prusia es un francés, / y si habla mal de España, es español), presenta, a mi juicio dos carencias: la explicitación de la actitud vergonzante de la derecha española ante el patriotismo y la ausencia de una censura de los defectos de la *España física* de hoy en día, toda vez que entiendo que un verdadero patriotismo debe llegar por el *amargo camino de la crítica* y no por el de la autocomplacencia. Esta crítica positiva no se opone a la autoestima, sino que es parte importante de ella.

Se ama –cuando el amor es profundo y sincero, y no mero fegonazo romántico– con voluntad de perfección, en la confianza en que el objeto amado *se eleve sobre sí mismo*, como dice nuestro Pedro Salinas al referirse al amor entre hombre y mujer. Con el amor a la patria común ocurre otro tanto; grandes amadores de España fueron Francisco de Quevedo, Mariano José de Larra, Miguel de Unamuno («*Me duele España*») y José Antonio Primo de Rivera, del que intenté hace pocos días dar razones de su actualidad.

Y a este último dedica su página cultural García de Cortázar y, sorprendentemente, también dedicaba *La Vanguardia* de Barcelona su «*contra*» el día anterior (sábado, 28). Lástima que el gran historiador se quede en esta ocasión con las palabras del discurso del teatro de la Comedia de 29 de octubre de 1933 y, a renglón seguido, con las de su testamento en Alicante en noviembre de 1936, con omisión de los textos entre ambos años; porque en ellos se nos puede ofrecer una clase de un brillante proceso de afirmación de lo esencial, revisión de lo accidental y *agregación* de ideas –según el también historiador Francisco Torres–, que componen un lúcido esquema, acaso inacabado, de su idea y afán por España.

Para un servidor, la vinculación entre ambos artículos del rotativo madrileño es más que evidente: ese patriotismo crítico, apasionado y, a la vez, sustentado en lo intelectual y lo racional, es el que podría haber garantizado que, como dice Bieto Rubido, «*las jóvenes generaciones vieran a su país con ojos más limpios que los de sus abuelos*».

A modo de coda, me llega por Internet un artículo de ese maestro de periodistas que es don Enrique de Aguinaga; se titula *José Antonio, superviviente*, y es un brillante ejercicio de memoria y de profecía histórica partiendo de su primer escrito sobre el tema, ¡en 1944!, hasta llegar a esa actualidad a la que me refiero; cita don Enrique unas palabras propias, escritas en plena transición, que pertenecen al ámbito de las constantes o *eones*, que diría el otro maestro, mi paisano Eugenio d'Ors: «*Ya es tiempo de liberar a José Antonio de su secuestro. Ya es hora de transferirlo a todos los españoles como patrimonio general, sin manipulaciones, sin ataduras históricas, para una nueva confrontación en libertad, que nos pueda dar el valor actual de su pensamiento, la dimensión de su persona. Esta no es una idea repentina, una ocurrencia conmemorativa, sino la aspiración de veteranos campamentos y arduas travesías*».

El patriotismo, así, tampoco debe ser patrimonio particular de derechas o de izquierdas o de centros. Como en todas las naciones más agudas y civilizadas, debe convertirse en reconocimiento de un pasado común, sin exclusiones ni exclusivismos, motor de presente y acicate para el futuro. Un buen mensaje para esos ojos más limpios de las nuevas generaciones.

En la Declaración de la Renta no olvides poner la X en la casilla de la Iglesia católica

El Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles

JOSÉ M^a GARCÍA DE TUÑÓN AZA

En 1919 se eligió este lugar de la localidad madrileña de Getafe para construir un enorme monumento en honor del Sagrado Corazón de Jesús. Fue una obra conjunta del arquitecto Carlos Maura Nadal y del escultor Aniceto Marinas que levantaron el monumento gracias a las aportaciones dinerarias de muchos españoles que colaboraron en la suscripción pública que se había abierto. El 30

de mayo de 1919 Alfonso XIII lo inauguró solemnemente tras efectuar la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús.

En el mes de junio de 1923 la Santa Maravillas de Jesús, Carmelita Descalza, concibió la idea de fundar un convento en el Cerro de los Ángeles con el fin de acompañar al Sagrado Corazón.

Especial empeño y dedicación tuvo entonces esta mujer hasta ver conseguida la importante obra. Ella y tres hermanas más formaron la primera comunidad que fue originariamente instalada en la localidad de Getafe hasta que el 26 de octubre de 1926 ocuparon el convento.

Desde entonces el Sagrado Corazón de Jesús tiene una lámpara que se mantiene siempre encendida con luz de penitencia y oración.



Momento de la inauguración, por Alfonso XIII, del monumento del Cerro de los Ángeles

El 18 de julio de 1936 un turno de 30 adoradores asistía a la vigilia nocturna. En cada descanso los congregantes comentaban los rumores bélicos que hasta ellos llegaban desde la capital de España. Era el inicio de la Guerra Civil. En aquellos momentos la experiencia les decía que no habían faltado bandas de desalmados que llegaron hasta el Cerro con la intención de incendiar el convento y destruir el monumento.



«Fusilamiento» de la estatua del Corazón de Jesús en el año 1936

La Segunda República había comenzado con la quema de conventos y el miedo a que se repitiera en el lugar donde ellos estaban no era infundado. Ello decidió a cinco de los presentes a montar guardia permanente al pie de la estatua hasta que se aclarara la situación mientras que el resto volvieron a Madrid. A los dos o tres días hicieron acto de presencia guardias de Asalto con orden de evacuar el convento de carmelitas y las dependencias anejas, ocupadas por las Obreras de la Santísima Virgen del Pilar. No venían en son de guerra y entablaron diálogo con los cinco congregantes. Aquellas horas pasaron sin mayor novedad hasta que al día siguiente un grupo armado de milicianos apareció por aquel lugar sin que a los congregantes se les ocurriera hacerles frente, sino más bien todo lo contrario, porque con gran habilidad consiguieron escapar de una muerte casi segura.

Desde ese momento el Ayuntamiento de Getafe, en decisión refrendada por el Gobierno de la República, cambió el nombre Cerro de los Ángeles por el de Cerro Rojo, nombre que conservó hasta el final de la guerra; pero antes, el 28 de julio de 1936, un piquete de desarrapados milicianos de la República apuntando a la piedra durísima que simbolizaba el Corazón de Jesús fusiló, entre blasfemias y cólera, el monumento de nueve metros del Cerro de los Ángeles y cuya fotografía ilustra este corto artículo que sólo



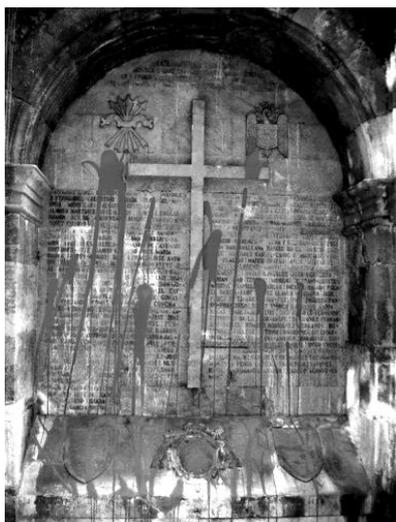
Estado en el que quedó el monumento después de que fuera «fusilado»

pretende dar testimonio y recuerdo de un acto de barbarie, cometido no por incrédulos, sino creyentes al revés, que dijo Agustín de Foxá, más que una historia que quien más o quien menos ya conoce. El 7 de agosto siguiente, otro grupo de milicianos dinamitó lo que quedaba de la imagen sacra. Pero hoy, en el monasterio del Cerro, las carmelitas conservan la enorme piedra en la que fue esculpido el Corazón de Cristo.

Ahora, después de aquel triste y desdichado acontecimiento un catedrático emérito de Energía Nuclear de la Universidad de Oviedo que se declara ateo y de haber dado un mitin cuando tenía siete años, en plena República, de que la verdadera enseñanza no era la de los colegios religiosos, acaba de declarar a un periodista refiriéndose a lo ocurrido en el Cerro de los Ángeles en 1936: «Pues ese fusilamiento no fue una extravagancia, sino que hay que interpretarlo como la respuesta a una situación que había venido operando desde hacía mucho tiempo: el dominio de la Iglesia católica en España»¹. Es decir, con ese mismo argumento estaba justificando todos los crímenes cometidos durante la Guerra Civil. Por otro lado, los que están haciendo desaparecer hoy todos los símbolos del anterior régimen están justificando, por el mismo motivo, a los sin Dios que un día no se les ocurrió peor mala idea que fusilar la imagen del Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles.

Fe de erratas

A sí se decía antes para definir el lugar en el que se pedía perdón por los gazapos que se escapaban al teclear en aquellas linotipias que tanto fruto dieron, a lo largo de los años, hasta que aparecieron los ordenadores y la informática en general.



Nosotros nos vemos obligados a incluir este rincón porque en el número 4 de esta Gaceta han ido dos de casi imperdonable justificación.

Uno, la imagen que acompañaba al artículo de nuestro colaborador José María García de Tuñón Aza, que se escapó sin venir a cuento, en vez de aparecer la que consta en el texto y que es la que reflejamos en este rincón.

Perdón al autor y perdón a los lectores que pudieron considerar que les tomábamos el pelo.

El segundo gazapo, que es múltiple, está comprendido en el artículo «Testimonio ante el juez», de Fernando Sánchez Dragó. En él hay numerosas e imperdonables erratas que descubrimos porque uno de nuestros lectores, que cuida el idioma con esmero y tiene pluma fácil y poética, nos tiró de las orejas. No cabe otra disculpa que pensar que no pusimos la versión corregida sino la que salió al escanear la página donde fue publicado originalmente, operación esta del escaneado que suele dar muchos errores cuando la impresión no es demasiado buena, razón por la cual hay que corregirla con esmero. También hemos de pedir perdón al autor y a los lectores por en este segundo error, en la esperanza de que no se volverán a producir, por más que los duendes de imprenta, como las meigas, haberlos los hay.

Si tienes un texto interesante para ser publicado, o una fotografía. o un recorte de prensa antiguo, etc., envíanoslo que nos será muy útil para engrosar los fondos de la Fundación.

¹ Diario *La Nueva España*, Oviedo, 5-I-2010- pág. 27.

La manipulación del proceso de José Antonio Primo de Rivera

Jeroni Miquel Mas Rigo

Edición digital Cultiva libros. 2014, 158 pág.

Este libro analiza la forma en la que el Régimen del General Franco trató la información relativa al proceso y asesinato de José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española. Para el autor, la manipulación de la información relativa al proceso sigue vigente por parte de los determinados sectores que prostituyeron el mensaje de un político que, en su testamento, pidió que la suya fuera la última sangre española vertida en discordias civiles. Es evidente que, en el proceso de Alicante, no se respetaron todas las formalidades procesales que requiere un juicio justo. Según el profesor Ramón Tamames, José Antonio es «uno de los españoles más interesantes del siglo XX» y que su muerte «fue uno de los muchos y mayores errores de la Segunda República».



Si estás interesado en leer los libros descatalogados que pueden darte una mejor y mayor idea de la historia y los hechos por los que ha pasado España en los últimos cien años, acude a IberLibro.com, donde encontrarán información de los que están a la venta en cualquier punto de España o del extranjero, pudiendo comprarlos por correo.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.